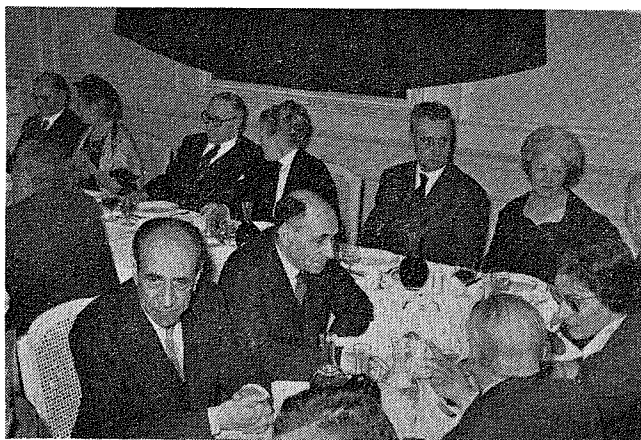




**ACCION REPUBLICANA
DEMOCRATICA ESPAÑOLA**
Agrupación de París - Norte de Francia

11 de febrero de 1873

PARIS, 11 DE FEBRERO DE 1964



Un aspecto de la mesa presidencial.

La Agrupación de París-Norte de Francia de Acción Republicana Democrática Española quiso celebrar la gloriosa fecha del 11 de febrero de 1873 con el esplendor que el aniversario de la proclamación de la Primera República merece.

Con tal ocasión reunió en torno a unas mesas a prestigiosas figuras de todos los sectores democráticos de la oposición antifranquista: P. S. O. E., Esquerra Republicana de Catalunya, Partido Nacionalista Vasco, A. R. D. E., C.N.T., U.G.T., Movimiento Liberal por la Europa Unida, Consejo de Galicia, Casal de Catalunya, Centro de Documentación y Estudios, Liga de Mutilados, Liga de los Derechos del Hombre, etc.

Comenzó el acto con una breve y vibrante intervención del Presidente de la Agrupación de París, doctor Boix, quien, después de congratularse de que la conmemoración de la Primera República haya podido reunir a personas tan prestigiosas y representativas, concedió la palabra a los oradores.

Los aplausos que se tributaron, tanto al ilustre presidente del Gobierno de Euzkadi, señor Leizaola, como a nuestro correligionario don Claudio Sánchez Albornoz, presidente de Acción Republicana Democrática Española, tienen la alta significación de proceder de un auditorio tan heterogéneo como autorizado.

Difícilmente se puede poner de manifiesto de una forma tan neta la oposición de dos políticas:

Una —la nuestra— constructiva, mirando al futuro, reorganizando a España dentro del marco de Libertad y Justicia de donde nunca debiera haber salido.

La otra, la del régimen, difícil de definir debido a sus variaciones y cuyo único objeto es la permanencia en el poder de una minoría para poder seguir disfrutando de los privilegios que de él se derivan, sin importarle los intereses y las necesidades, actuales y futuras, del pueblo español.

Dentro de esa minoría, tanto los que siguen considerando como fundamentales los métodos de Gobierno autoritarios, inspirados en el nazi-fascismo como los que, hipócritamente, se nos presentan ahora como «liberales», coinciden, ya sea cuando se trata de revivir y ahondar la división de los españoles al mantener el espíritu de la guerra civil, o cuando muestran su incapacidad para realizar las reformas de estructura, tanto políticas como económicas, que España necesita para que vuelva a ocupar el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones.

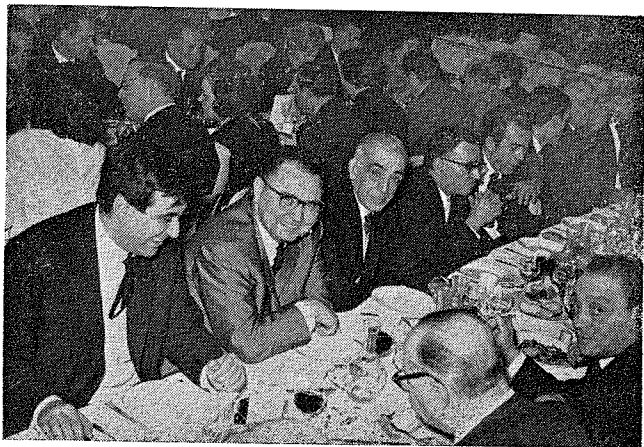
Y esto es natural que sea así, puesto que sólo un régimen democrático puede llevar a cabo esas reformas. Y como en España la Monarquía —dados sus clásicos soportes sociales— nunca podrá tener un apoyo popular, sólo una República moderna y progresiva podrá realizarlas. En efecto, el desarrollo económico que supone —entre otras medidas— realizar una reforma agraria y una planificación interregional, exige un esfuerzo del pueblo español, que debe ser el verdadero artífice del mismo. Y este esfuerzo, especie de mística popular, sólo aparece cuando el pueblo tiene confianza en el Gobierno. Confianza —que en el caso de España— sólo puede darle una República democrática.

La tarea, que a los republicanos nos espera, es, pues, muy penosa. Para llevarla a cabo tendremos que contar con todo el pueblo español y, por lo tanto, con todas las fuerzas políticas democráticas que lo representan. Que nos sirva de ejemplo lo que ya propugnaba uno de nuestros grandes maestros, don Emilio Castelar, en su último discurso, escrito en su lecho de muerte veinte días antes de extinguirse:

«Jóvenes, oíd a un viejo a quien oían los viejos cuando era joven. Desechad toda idea de fundar una República con republicanos solos y para los republicanos solos; es la República, como el sol, para todos los españoles, forma suprema de la libertad y del Derecho.»

Macrino SUAREZ

Secretario general de A.R.D.E.



Socialistas, catalanes y gallegos en la conmemoración de la Primera República española.

El Dr. Boix, Presidente de la Junta Directiva de la Agrupación de A. R. D. E. (Sección de París-Norte de Francia) abrió el acto diciendo:

Señoras y señores:

Es emocionante y abre el horizonte al optimismo, ver cómo después de veinticinco años de exilio, para conmemorar la República de nuestros abuelos, de aquellos sublimes maestros, cuyas huellas tan sabiamente marcadas, ni la monarquía ni el mismo franquismo han podido borrar, se encuentran reunidos en esta sala tal cantidad de figuras prestigiosas por su personal valer y pertenecientes a todos los sectores de la emigración auténticamente democrática, que, sin vacilar, puedo añadir democrática ante todo y por encima de todo.

Este tan variado colorido político y sindical agrupado para festejar día tan señalado, el 11 de febrero de 1873, marca, indudablemente, el resurgimiento, el nacimiento de una etapa, que tiene que ser decisiva en nuestra común lucha contra el franquismo.

Hay aquí, entre nosotros, ilustres prohombres representativos por lo que son y por lo que ellos simbolizan, a quienes ruego, nos dirijan la palabra. (Aplausos.)

Discurso del señor Leizaola

LA PRIMERA REPUBLICA Y LAS ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA

La lección de 1873

Señoras y señores: En el ciclo anual de conmemoraciones republicanas es esta del 11 de febrero la que abre la marcha. Años atrás, hace bastantes años, acudí yo varias veces a ellas, no con la representación que hoy tengo, sino en el lugar que entonces ocupaba dentro del Gobierno Vasco. Recuerdo allí, por ese barrio de la margen de nuestra izquierda, donde hay mucha concentración de compatriotas, en algún local oscuro, recogido, de sabor valenciano, haber tenido ocasión de reunirme con algunos de los que estáis aquí presentes y alguno

que no se halla aquí. El año pasado, en este mismo edificio, en otro salón, nos reuníamos en otro tono desde luego, pero menos numerosos que hoy, para conmemorar el 14 de abril. Finalmente el ciclo se cierra cada año con la reunión de los parlamentarios que tomaron parte en 1931 en la preparación, en la formación, en la votación de la Constitución de la República, y también a esa reunión he asistido cuando me ha sido posible.

Yo no esperaba hoy tener que hablar en este acto, pero claro es que a la invitación que se me ha hecho no he podido responder de otra manera que dirigiéndome a vosotros. Aquí, en este menú, véis dos fechas; dos fechas de dos hechos distintos. Una fecha ya un tanto lejana; otra la de hoy. Ambas están unidas por el símbolo de la República. Y por tanto, esto mismo simboliza lo que estamos haciendo, que es unir nuestras inquietudes de hoy con otras inquietudes, con otras esperanzas, con otros albores, con otras experiencias del pasado. Esto da de sí la estructura del discurso. Hay que hablar de aquello y hay que hablar de lo de ahora. De aquello, ¿qué sabemos nosotros? Yo soy de los mayores en edad —hay otros mayores, desde luego— que podemos tener ideas, alguna idea, más o menos simbólica, más o menos esquemática, de lo que fue el 11 de febrero de 1873 y la República de entonces. Entre nuestros recuerdos habrá quien piense que se estaba en plena guerra carlista. Habrá quien recuerde, por hablar sólo de lo que afecta a nuestro país, el «bomba, bomba la ba». No sé si sabéis vosotros que el himno de los auxiliares, uno de los himnos populares de Bilbao tiene ese estribillo «bomba, bomba, la ba», recordando el bombardeo que en esos momentos caía sobre Bilbao, bombardeo que ha quedado para la historia definitivamente en las páginas, en los escritos de Unamuno. Yo, como no soy de Bilbao, aunque haya vivido mucho en Bilbao, tengo también unos recuerdos familiares de bombardeo, de bombardeo sobre San Sebastián; es decir, recuerdos de dramatismo, sombríos y pocos llamados a ser traídos a este lugar en esta ocasión, como no sea en lo que tienen de enseñanza.

Pasando esta hoja, 1873, aquella República trae

para mí, os seguiré hablando de lo que en el medio mío viene a la memoria como más descolante, como más relevante de aquellos años, naturalmente no personalmente recordado, sino recogido en una tradición muy próxima, muy inmediata, y es la figura de Pi y Margall. Y ¿por qué? Lo comprenderéis en seguida. Vosotros sabéis en qué medio político me he formado yo. Naturalmente en ese medio político la República de 1873 y sus hombres están representados por un libro que se cita mucho entre nosotros, «Las Nacionalidades», escrito por Pi y Margall. Y ahí no tengo nada que deciros, sino que esa tradición se enlaza fuertemente con mi presencia en este lugar. He aquí, pues, en unas páginas desgajadas de libro de la Historia y correspondientes a la República, a la primera República que conmemoramos hoy y que, sin embargo, están para nosotros llenas de todo, de enseñanzas, enseñanzas negativas en lo que se refiere a la guerra civil; enseñanzas positivas en lo que se refiere a la política de nacionalidades. Y no digo más, sino simplemente dejo esto ahí, en el aire, en vuestra propia conciencia de republicanos y en la nuestra de todos. (Aplausos.)

1964: La gran tarea: construir entre los que estamos aquí, pero construir con todo aquello que está al otro lado del Pirineo.

Pero, naturalmente, estamos en 1964. Estamos en la segunda fecha y hay que hablar de ella. Eso es lo que nos rebosa el corazón o, si queréis, no el 11 de febrero, sino lo que viene detrás, lo que viene próximo e inmediato, lo que tenemos que crear, aquello a que tenemos que dar nacimiento, y ahí de nuevo cada uno de nosotros siente en su interior, según su formación, según sus inquietudes, según el medio de dónde procede, según el medio en que está y con el que se mueve, siente visiones diferentes. Visiones diferentes en las que yo, y quienes como yo sienten responsabilidades de Gobierno, se siente la necesidad, la responsabilidad, el llamamiento, la vocación de construir. Construir entre nosotros, los que estamos aquí, pe-

ro construir con todo aquello que está allí. Esta es la gran tarea, esta es la gran preocupación y naturalmente lo primero para construir es entenderse sobre lo que se va a hacer, sobre lo que se puede hacer, y lo que se puede hacer y lo que se va a hacer depende de lo que hay en torno a nosotros. Los acontecimientos de tipo político para todos cuantos hemos nacido al sur de los Pirineos y en el mundo, en general, responden primero a lo que se desea, primero a aquello por lo que se lucha y al calor y al esfuerzo que se pone en la lucha. Dependen también de aquellas circunstancias en que se halla aquello engarzado en un mundo general. Y hoy, pues, el mundo general es confuso, oscuro, difícil y cada uno puede ver en él toda serie de perspectivas diferentes. Yo voy a citar un hecho, poco significativo quizás —el tiempo dirá si este acoplamiento, si este acercamiento que hago yo, con hecho del año primero y con hechos de ahora. Me refiero a que una asociación me trae a mí a la memoria el recuerdo del asesinato de Prim, antecedente a considerar forzosamente entre lo que generó ese estado de cosas de 1873, y el asesinato de Kennedy en Dallas. Antecedente generador, germen o condicionamiento de cosas que van a venir y que nosotros ignoramos. Pero ahí tenéis dos asesinatos marcando dos épocas: 1873-1964.

¿Qué es nuestra tarea? ¿Qué puedo yo decir os aquí que no tenga carácter partidista, que no tenga carácter parcial y que sea iluminante, luz, claridad para lo que tenemos que hacer en estos momentos y para lo que se nos viene a las manos desde hoy en adelante. Yo os voy a traer en esta ocasión, os voy a traer a la imaginación algo verdaderamente inesperado para vosotros. Esta mañana, y ayer, pero esta mañana cuando me han llamado diciendo que habría de tomar aquí la palabra, tenía en las manos un libro, al parecer sin relación ninguna con lo que estoy diciendo, pero es un libro hecho por un amigo mío, de mi juventud, y un libro extraordinariamente importante en otro plano que no es el político. Yo estaba leyendo «Sobre la esencia» de Javier Zubiri. Y en ese libro, denso, difícil, difícil para los que no están absolu-

tamente entregados a la filosofía, y yo no lo estoy, pero que por razones de mi amistad con el autor me he propuesto leerlo hasta el final, para lo cual hace falta un esfuerzo de voluntad extraordinario, aparece una idea esencial, esencial — se trata de la esencia, de modo que la palabra viene bien. Esa idea esencial es que la esencia es algo «constructo» — es una palabra que ha inventado, me parece, Zubiri, como otras que aparecen en el libro. «Constructo». La esencia no carece de estructura, tiene estructura. Esta es la idea principal que trata de construir, que trata de establecer en su libro Zubiri. Que no se puede prescindir de nada de lo que son elementos de la esencia para tener la esencia de una cosa. Que no consiste en ir quitando hojas como de la alcachofa porque entonces al final se queda en cero, no hay esencia ni nada, no hay alcachofa. Se trata de conservar, de mantener todo lo que allí es indispensable y está relacionado, lo uno con lo otro, para que exista un ser efectivo, pleno, auténtico e indiscutible. Pues bien, señores republicanos, hagamos un futuro «constructo» y cada uno de nosotros, a cada uno de vosotros, republicanos, os toca, en esa parte de la construcción, mantener bien firme vuestro propio ser, vuestra propia naturaleza de relación con todos los demás elementos. He aquí lo que para mí enseña la asociación de estas dos fechas en recuerdos del pasado y en palabras de uno de los más prestigiosos, el más prestigioso en el orden intelectual, de los vascos de hoy. (Grandes aplausos.)



Cenetistas, vascos, levantinos y asturianos que asistieron al acto.



Discurso de D. Claudio Sánchez Albornoz

**ACCION REPUBLICANA DEMOCRATICA
Y LA ESPAÑA FUTURA**

La libertad para seguir siendo hombres

Por primera vez, señoras y señores, me pongo en contacto con ustedes. Del otro lado del Atlántico, donde he encontrado asilo y donde vivo, vengo aquí para cumplir con mi deber. Ese deber no es fácil, es áspero, tiene delante grandes problemas, grandes desesperanzas, grandes inquietudes. Cuando me dijeron que, con motivo de la conmemoración, tenía que dirigiros la palabra, pensé en que allá el día 14 de Abril de 1931, cuando todos los republicanos españoles nos hallábamos enfervorizados por la ilusión y nuestro corazón latía deprisa y emocionado y se oían gritos de entusiasmo en las calles de todas las ciudades españolas había un republicano, entonces joven, que paseaba por Madrid, inquieto, pensando en la Primera República Española. La deformación profesional, diréis. Sí. Todos sabéis que no soy otra cosa que un profesor de Historia, y esa Historia venía a mí en aquel instante trayéndome imágenes turbadoras. Grandes hombres. Figuras magníficas en la Historia de España. Pi y Margall, Salmerón, Castelar. Quizás nunca superadas. Y la Primera República Española

duró un año y recordaba que no sólo la Primera República Española cayó pronto. Mi deformación profesional me hacía pensar entonces en que siempre, en el curso de la Historia española del siglo XIX había habido dos, tres años de libertad y veinte años de reacción. Las Cortes de Cádiz y en seguida los Persas y Fernando VII. «Los tres mal llamados años» y los Cien mil hijos de San Luis. Todavía está ahí el Trocadero conmemorando el crimen que cometieron esos hijos de San Luis en 1823. La Regencia de Espartero de tres o cuatro años; el bienio progresista, la Gloriosa. Siempre igual. Un año, dos años, tres años, y después la reacción.

¿Qué había en nosotros, en los españoles; qué hay en nosotros, en los españoles que nos ha impedido siempre afirmar como realidad histórica, perdurable una vida política auténticamente liberal y democrática?

¡1873! Una llamarada de ilusión sacude al país, y fracasamos. ¡1931! Entusiasmo desbordante, pasión, esperanza... y llevamos 25 años en el destierro. Claro está que hace pocas noches leí en «Le Monde» que la izquierda francesa, llevada al poder durante 50 años muchas veces, había tenido también no sé qué congénita dificultad para perdurar en el Gobierno.

Ellos y nosotros

Decía con razón el Presidente de los vascos «Hay que pensar en ese pasado nuestro, tenemos que pensar en ese pasado nuestro para mañana». Sí, comencemos por tener idea exacta de la doble realidad en que vivimos.

Allá ellos, aquí nosotros. Alguna vez he dicho que ellos encarnan dos figuras del teatro benaventiano; todos recordaréis al señor Pantalón de «Los Intereses Creados» gritando: «¡mi dinero!», «¡mi dinero!». O al Rojo, de «La Malquerida», gritando también: «¡yo quiero mucho mando!». Eso son ellos: ¡dinero! ¡mando! Y de otra parte, muchas veces también he recordado la escena de Sancho, Gobernador de la insula Barataria, en una noche de

ronda. Le traen detenido a un mozalbete: «—¿Qué hacías? — Iba a tomar el aire. — ¿Pero, adónde ibas? — Adonde sopla. — Te voy a hacer dormir en la cárcel por desacato. — No puedes. — Soy el Gobernador. — A la cárcel me podrás llevar, pero si no quiero dormir en la cárcel, no dormiré.» Nosotros estamos en el destierro, pero no hemos dormido en el destierro. Hemos vivido una hora y otra en una batalla continua. El tirano no ha podido hacernos dormir. ¡Y no podrá!

Ellos allí están inquietos viendo acabar su señorío. Nosotros aquí, inquietos también, ante la coyuntura que se acerca.

He trabajado mucho; he tenido grandes halagos científicos. Puede decirse que ninguno de mis éxitos me ha producido orgullo superior, al orgullo que tengo por haber permanecido 25 años en destierro por fidelidad a mi ideal. 25 años es una vida entera, pero no va a ser infecunda. (Aplausos)

¡1873! ¡Qué lejos y qué cerca! Pronto un siglo, y sin embargo la mayoría de los problemas con que tropezaron los hombres de la Primera República están vivos todavía entre nosotros. ¿Qué hay detrás de nuestra vida histórica que perduran sin resolver a través de decenios y decenios cuestiones íntimas de nuestra propia esencia? ¿Por qué pérdida y se prolonga nuestro ayer? Estas gentes que hoy gobiernan a España ¿qué han hecho? Durante 25 años la han tenido en la mano, sin contradicción. Los enemigos estaban enterrados después de fusilados, en las cárceles, en el destierro. Han sido apoyados por todas las democracias de Occidente que nos han traicionado muchas veces. ¿Qué han hecho de España? ¿Qué problemas han resuelto? Podríamos decir: han sido crueles y brutales; llevamos 25 años de destierro; durante ellos han encorsetado a España; pero los pueblos españoles ¿tienen hoy otra vida, siguen nuevos caminos, les alienta una esperanza nueva? ¡No!

Hablan de sus realizaciones económicas. Señoras y señores: permitidme que me avergüence como español al pensar que un día hubo una guarnición española en París y que hoy las mujeres españolas vienen a servir a los burgueses parisienses. ¡700.000 españoles trabajando para otras naciones de Eu-

ropa! ¿Cómo es posible que puedan alabarse del florecer de España, por haberla convertido en un país de posaderos, de lacayos y de cicerones? ¿Queremos otra España diferente! Repito, están en pie todos los problemas de 1873, de 1931. (Aplausos)

Libertad para todos los hispanos

Yo soy un castellano, de Avila y de Madrid, ciudades que se alzan a un lado y a otro de la espina dorsal de la Península. Sin embargo, creo que es necesario cambiar la estructura de España. Este castellano que os habla, tiende la mano fraterna a los vascos, a los catalanes, a los gallegos, a cuantos quieran vivir según sus leyes y sus tradiciones. Nos une mucho más que nos separa. Tenemos estructuras parejas, tradiciones parejas, un destino parejo, sufrimientos parejos. Aquí estamos todos unidos en un anhelo ferviente de libertad para todos los hispanos. A Francia la hicieron Richelieu y la escuela francesa. A España la tendremos que hacer nosotros mañana entendiéndonos fraternalmente. No sé cómo. Pero ya hallaremos la fórmula jurídica para todos hacedera, yo no serviré después para esos menesteres. Soy un profesor que cumple hoy con su deber, pero si llega el caso lo sacrificaré todo para ese entendimiento de los hermanos españoles. ¡Españoles! como ha dicho el abad de Montserrat. Españoles levantinos o andaluces vinculados en una comunidad para rehacer la España que no ha sido. (Grandes aplausos)

¡Habrà una República!

Está intacto el problema social. En España triunfa todavía el señoritismo. Existen en ella diferencias sociales monstruosas. ¿Cómo no hemos de pensar todos los que estamos aquí en la necesidad de cambiar esas estructuras sociales españolas?

Hay mucha gente que habla del fracaso de la libertad en el mundo. No. Yo creo en el progreso. La historia me enseña que nunca se ha hecho en línea recta. Que ha habido grandes curvas de sombras, pero después se ha llegado a una situación

en que ha habido más hombres libres y más pueblos libres. Yo recuerdo los años de mi mocedad. ¿Cuántos pueblos libres había en el mundo? Y ¿cuántos hombres libres había en él? ¡Cuántas gentes vivían en la angustia del mañana! Hoy hay muchos pueblos libres, hoy hay muchos más hombres libres. El comunismo ha sido una terrible cántarida política. Ha creado problemas nuevos. Ha empujado a los hombres libres a resolver los problemas sociales por el camino de la libertad. Quienes de nosotros lleguemos o lleguéis a España (yo no sé si llegaré; cualquier día caeré en el camino de la lucha; no lo deseo, quiero ver caer a Franco) tendremos o tendréis que trabajar duro y firme. Recuerdo en este instante estas palabras de Franco: «No habrá otra República jamás en España». Ese Nostradamus de vía estrecha está condenado a fracasar. Quizás piensa mandar en España todavía después de morir, pero los muertos sólo mandan en la Historia y, además, la Historia nos lleva hacia la libertad. Se tardará más o menos. Habremos de pasar por curvas difíciles, pero estad seguros de que esa niña que está ahí, como la más joven de los republicanos españoles, no recordará este instante, pero quizás haya oído hablar a sus padres mañana de esta voz profética mía, segura, tranquila, afirmativa: ¡Habrá una República! Será una República distinta de las dos de 1873 y 1931. Y habremos de defenderla con cuidado y habremos de no incidir en las horas tristes que nosotros y nuestras gentes han pasado. (Aplausos)

Claro que la Historia se hace desde dentro y desde fuera de los pueblos. No basta con querer; las circunstancias a veces son adversas. Yo pienso, por ejemplo, que si el año 23 la Santa Alianza estranguló la vida liberal española, en cambio diez años después Palmerston y Luis Felipe ayudaron al triunfo de la libertad en la Península. Nuestra República vino a contrapelo, en una hora de crisis — fascismo, nazismo, comunismo —. El mundo no nos dedicó una sonrisa, no nos la ha dedicado todavía; pero no siempre nos van a ser impropicias las horas europeas. Van a cambiar también las rutas de Europa. Repito que yo no sé si yo veré esa hora. Pero las gentes jóvenes que me escucháis

aquí es seguro que veréis esa nueva España, difícil y dura, porque no se hace la Historia con sonrisas ni con discursos; se hace en la batalla de cada hora poniendo en tensión todos nuestros nervios, todo nuestro espíritu, trabajando todo el día y sabiendo además comprender a las gentes de enfrente. No estamos solos en España. En España hay gentes que nos desconocen. Nuestro primer deber será atraerlas, educarlas. ¿Qué han oído hablar durante 25 años sino de nuestros crímenes y monstruosidades? Somos los rojos; somos los asesinos. Pero no; somos al cabo, por el contrario, los hombres de la inteligencia, los hombres que harán esa España futura. (Grandes aplausos)

**No hay libertad sin seguridad, pero no hay
seguridad sin libertad**

Para hacerla, nuestro Partido tiene un deber que cumplir. Oía el otro día hablar a uno de vuestros líderes socialistas: «En España mañana, socialistas y católicos». No habrá mucho más. Oí un día a Lain Entralgo en Buenos Aires: «Católicos y socialistas». «Ese es nuestro mañana». No; habrá mucho más. Cada fracción ideológica tendrá que cumplir con un deber. El nuestro es el de defender la libertad. No basta con que haya un partido confesional y un partido social. Cada uno de ellos buscará en la España de mañana el triunfo de sus propios ideales. Legítimamente; en un régimen democrático es norma la lucha por el propio ideal, pero tiene que haber también un aguijón que cada día recuerde a los hombres: ahí está el gran problema: el de la libertad del espíritu. Hay que cambiar a España socialmente. Debemos respetar los derechos de los católicos, nuestro papel será mañana, siempre — por lo menos el mío y espero que me acompañéis en eso quienes pertenecéis a mi partido y hasta muchos otros hombres, porque al cabo un anarquista es un liberal elevado al cubo — la defensa de la libertad en nuestra patria. (Aplausos)

Estimamos en cuanto valen la democracia cristiana y el socialismo. Pero hay grandes masas, una juventud nueva, a quienes podemos llegar con

nuestra palabra, con nuestra enseñanza, con nuestro ejemplo, a quienes habremos de decir: todo lo que se ha hecho en la Historia, todo lo que ha llegado a diferenciar al hombre primitivo del hombre de hoy, ha sido fruto de la libertad de pensamiento. Ha sido resultado de esa capacidad innata, recibida de Dios o creada por la Naturaleza — cada uno puede creer lo que quiera — que es nuestra razón, la cual ha ido en la batalla continua creando valores universales y procurando al hombre libertad. Recordad las palabras de Hegel: «Un hombre libre, muchos hombres libres, todos los hombres libres.» Se equivocaba. Cuando hay un tirano, no hay hombre libre, porque el tirano también es prisionero de sus miedos. Estoy seguro de que ese hombre que rige hoy a España, creyéndose enviado de Dios y representante de la Providencia en la tierra, tiene también, a veces, grandes miedos, porque el tirano, en los momentos de lucidez, cuando el espíritu se desarraiga de las prisiones de la realidad diaria, se encontrará con la galería de crímenes cometidos por él y temerá al mañana terrenal ante la segura crisis de todo lo que él ha planeado y soñado, y al mañana de tejas arriba.

Recuerdo haber encontrado — permitidme la anécdota — en la mesa del despacho del liberalote de mi abuelo, un periódico satírico del año 1866 — estamos en 1964 — en el que aparecía un humorístico telegrama del infierno que decía así: «Infierno tres tarde. Ha llegado Su Excelencia el gran duque de Valencia y le están poniendo el rabo. Se espera con impaciencia al señor González Bravo». Nosotros esperamos con impaciencia el momento en que pongan el rabo a Franco en el Infierno, pero también temerá él que eso ocurra. (Risas)

El mañana acuciador nos obligará no a la sonrisa, sino al trabajo. Caerá Franco, quizás lo vea yo. Entonces empezarán nuestros problemas. No será cuestión de discursos, sino será cuestión de obrar. Nuestro Partido estará ahí diciendo a todos: «No hay libertad sin seguridad, pero no hay seguridad sin libertad». Las dictaduras, cualesquiera que ellas sean, de derecha o de izquierda, y aludo ahora más a las de izquierda que a las derechas con estas o las otras transformaciones sociales no van

a cambiar el mundo. Sencillamente, si no hay libertad se volverá a la tiranía. Por eso nosotros, los hombres de nuestro Partido de Acción Republicana Democrática estaremos siempre recordando a todos: No nos asusta cualquier reforma; no queremos libertad para la explotación del pueblo; no queremos libertad para tiranizarle, pero no olvidéis jamás que la libertad es la esencia del hombre. Cuando Fernando de los Ríos — lo sabéis todos — fue a Moscú y preguntó a Lenin: Pero ¿y la libertad? Lenin contestó: ¿Libertad? ¿Para qué? Yo habria replicado lo mismo que os digo hoy para terminar: **LIBERTAD PARA SEGUIR SIENDO HOMBRES.** (Grandes aplausos)